

FIERRO: GENEALOGÍA Y ACCIDENTE

Por Sofía Dourron

El fierro está tan inmerso en la psiquis argentina que no hace falta ni explicarlo. Quizás solo hace falta decir que Luciana forma parte de una genealogía fierrera —Noemí Gerstein, María Juana Heras Velasco y María Simón, entre otras— que desafió los cánones de la escultura moderna y del género de su época.

Hereditaria de la fascinación por los materiales industriales, pero también de una inclinación congénita por la transgresión, Luciana prefiere fierro: para transformarlo, forzarlo, retorcerlo. Esos procesos exhiben el interior de los caños de hierro, su lado b, sus entrañas, y también un accidente siempre a punto de suceder. Esta forma latente del accidente, a diferencia de la catástrofe como acto consumado, es constitutiva del mundo bio-socio-técnico en el que vivimos y está presente en cada uno de los materiales y las herramientas que Luciana elige para trabajar. El naufragio, decía Paul Virilio, nace con el barco; en la obra de Luciana, el desgarró, podríamos decir, nace con el caño.

El uso de materiales industriales en su trabajo carga con esta latencia catastrófica: el andamio siempre se puede caer, el caño siempre puede estallar. Cada obra exhibe ese accidente en potencia. Y, en esta muestra, como ya lo hizo en 2011, esa potencia toma la totalidad de la galería, para destruir sus muros. Solo que esta vez no busca dejar el rastro de un acto de violencia individual, sino que revierte esa violencia para hacer lugar a una serie de esculturas de hierro que despliegan el desgarró convertido en estructura.

En *Prefiero Fierro*, se mantienen intactas partes reconocibles de caños industriales de diferentes tamaños, espesores y densidades: el caño sigue siendo caño, pero Luciana lo destruye y reconstruye hasta hacer aparecer ese potencial de estallido y catástrofe que anida en su interior. Virilio decía que ocultar o minimizar los accidentes es una forma de control ideológico: perpetuar una fe amnésica en el progreso, omitiendo su violencia. Mostrarlos, entonces, sería un acto subversivo, una pedagogía del riesgo.

El accidente atraviesa todas las partes del sistema, casi como un eslabón más del ensamblaje. Los dibujos de manos-herramientas —líneas rojas sobre melamina blanca— se incrustan en los muros

que esa mano y esa herramienta destruyeron, casi como una advertencia acerca del riesgo constitutivo del sistema que nosotros mismos construimos. Entre la fragilidad de la melamina y la monumentalidad de los caños petroleros, Luciana pone en primer plano la fuerza material y política de la infraestructura que nos sostiene y de la que formamos parte. Así, la muestra no solo manifiesta una forma de relacionarse con lo no humano que va más allá de la lógica del dominio, sino que demanda, por pura imposición física, una reconsideración de lo que está en juego en los paisajes contemporáneos —tanto urbanos como extractivos— y de sus regímenes materiales, a menudo invisibles pero extremadamente poderosos.

A la manera de sus antecesoras, Luciana responde a la violencia sistémica de nuestro presente con la potencia de las herramientas y los materiales, siempre forzados a subvertir sus usos y funciones habituales para interrumpir los sistemas que los constituyen. Ahora, en una escala avasallante, las obras de Luciana siguen exhibiendo la fragilidad y la violencia que sostienen —y a la vez amenazan— nuestra vida. Lo que ofrece no es una promesa de reparación o de resolución, sino una apertura radical. Un gesto que se niega a perpetuar una ilusión de progreso sin fisuras, para proponer, en cambio, una estética del riesgo.

—
LUCIANA LAMOTHE
Prefiero Fierro
Ago—Sep 2026
BARRO